



Aviso Legal

Artículo de divulgación

- Título de la obra: Salvador Reyes Nevares en mi autobiografía
- Autor: Miaja de Lisci, Teresa
- Forma sugerida de citar: Miaja, T. (1993). Salvador Reyes Nevares en mi autobiografía. *Cuadernos Americanos*, 5(41), 222-225.
- Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*
- Datos de la revista:
- ISSN: 0185-156X
- Nueva Época, Año VII, Núm. 41, (septiembre-octubre de 1993).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto dónde se indique lo contrario, éste artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

SALVADOR REYES NEVARES EN MI AUTOBIOGRAFÍA

Por *Teresa MIAJA DE LISCI*
PERIODISTA MEXICANA

EL RECUERDO DE UNA AMISTAD PROFUNDA que he perdido duele en mi ánimo al escribir estas líneas. Fueron muchos años de estar unidos en una primera juventud y en una permanencia de afecto a través de nuestras vidas. Nos conocimos de jóvenes en el Instituto "Luis Vives". Como mexicano él, y mi hermana y yo como exiliadas al terminar la contienda española. Salvador hizo gran ambiente desde un principio: entre los maestros por su aplicación, dedicación y brillante inteligencia; entre los alumnos, por su amigable presencia, por su sabio consejo, por su charla amena, alegre y de gran interés. En nosotras —mi hermana y yo— despertó, además de todo lo anotado, una intensa emoción: lo admirábamos cuando leía, exponía, presentaba sus trabajos, conversaba, pero realmente cuando nos engatusaba más era cuando escribía. Con la pluma en la mano nos producía devota admiración.

Su presencia física no era espectacular: de mediana estatura, un poco bajo; de poco peso, de facciones regulares, con abundante pelo ondulado y gruesos lentes que mostraban fuerte miopía. Su sonrisa socarrona y espontánea nos atraía, y todo quedaba iluminado con su ingenio, sus conocimientos y ese don del lenguaje que embellecía la palabra y nos envolvía en lo que escuchábamos. Así lo veía de joven cuando yo contaba alrededor de los dieciséis años. Y así lo seguí viendo al pasar los años. Mi admiración por su saber nunca decayó.

Seguí sus pasos profesionales con singular interés: estuve presente en su examen profesional en la Facultad de Jurisprudencia, donde le otorgaron todos los honores. Fui testigo de la dirección de tesis que realizó con mi hermana María Luisa: "Abderramán III, Califa de Córdoba", al estar su mano presente, presentes es-

taban todas las bellezas y atractivos de la cultura árabe en España. Los pasajes que revisaba, corregía y embellecía han quedado en una tesis que, por supuesto, también mereció todos los honores.

Pasaron los años, asistía a sus conferencias y leía sus ensayos y artículos. También busqué su ayuda cuando me recibí tardíamente. Recuerdo que me dijo: “la intensidad con que trabajé con tu hermana, no la emplearé contigo, pero sí te ofrezco mi ayuda y mi consejo en la revisión”. Para mí era más que suficiente, no aspiraba a más. Volví a sentir esa admiración de jovencita cuando, al llevarle los primeros apuntes de mi tesis “Ideología y Teatro”— se trataba de una visión histórica de las ideas políticas en España reflejadas en su teatro—, los leyó con mucho interés y me dijo: “todo esto lo vas a fundamentar con una cita de Américo Castro que considera que la virtud de la obra literaria es su utilidad como fuente de la Historia”. Cogió su pluma y escribió la primera frase que da comienzo a mi tesis, la tengo muy presente: “La Literatura y en particular el teatro refleja, necesariamente, el clima de ideas del tiempo en que se produce...”, y de ahí arrancó mi investigación, fue su lanzamiento. Con todo ello siguió mi reconocimiento avasallador por todo lo que me corregía, agregaba, eliminaba y, sobre todo, su especialidad: matizaba. Sabía dar el matiz adecuado, sutil, profundo, para transformar lo frívolo en serio, lo serio en ameno, lo ameno en profundo...

Los años pasaban y nuestro trato amistoso seguía, ahora sí, apoyado y enriquecido por su esposa Beatriz, gran amiga mía, que siempre sintió, percibió y reconoció el fuerte lazo afectivo que nos unía a Salvador y a mí. Con Beatriz tuve la puerta abierta en el acceso amistoso y en el trabajo profesional. Tan fue así, que colaboré estrechamente con Salvador en la *Revista Mexicana de Cultura* que él dirigía, en el periódico *El Nacional*. Todas las semanas entregaba mi colaboración de reseñas de teatro; era para mí una satisfacción ver reflejada su pluma en mi escrito. Me guardaba todas las semanas una copia de lo que había entregado y luego cotejaba el estilo que me había corregido. Lo buscaba con interés y en ello encontraba siempre una oportuna intervención, una pequeña corrección siempre atinada y aleccionadora. Hubo dos reseñas que no me publicó; tuve que escucharlo para saber, conocer y reconocer sus serios motivos por los cuales lo había hecho.

También colaboró en el equipo de trabajo para publicar el voluminoso libro *El exilio español en México*, con un conjunto de periodistas, escritores, ensayistas, etc., que trabajamos bajo su dirección.

Tan ligado que estuvo siempre, desde su juventud, en su trato con los exiliados españoles, nadie como él conocía los méritos y virtudes de sus representantes más destacados.

Al ser entregado el libro a la Presidencia, me escogieron para presentarlo en rueda de prensa ante el Presidente de la República, en ese entonces José López Portillo, por considerar que como hija de mi padre, el general José Miaja, podría ser representativa de ese exilio que habíamos trabajado con investigadores mexicanos. Mi discurso se lo presenté con anterioridad a Salvador, quien respetó casi todo lo que decía; claro está que con su pluma mágica embelleció párrafos, profundizó ideas, pero tachó el final, en el que yo hacía mención de él como el motor espiritual del trabajo, libro que se había llevado a cabo por la circunstancia de que un joven estudiante mexicano —Salvador Reyes Nevares—, había conocido en el "Luis Vives" la palabra sabia de los maestros exiliados. Aquello había sido la razón inicial para que el libro, posteriormente, se escribiera.

El estilo literario de Salvador era peculiar, inconfundible. Yo lo distinguía por encima de muchos. Y estaba acostumbrada a hacerlo porque mucha de su obra escrita en editoriales, discursos, tesis, prólogos, proyectos... no lleva su nombre, su firma no aparecía; y en ese anonimato se me hacía presente su estilo lleno de fina y discreta elegancia. Sus conceptos los exponía con claridad y precisión, todo lo iba explicando, lo iba desarrollando pausadamente con ponderación y sabiduría. Su manejo del lenguaje era impecable pero le añadía color, sabor.

En este último año de su vida le comenté que en una tertulia literaria reunida en el Círculo Francés de México dentro del ciclo "La Revolución Mexicana y sus Novelistas", encontré un ensayo de su autoría publicado por la UNAM. Le dije que nos había servido de mucha orientación porque ponía en su lugar muchas corrientes, diferentes épocas, posturas diversas de escritores con un sinfín de temas y subtemas, todo ello en una panorámica histórica literaria de mucho valer. Volví, una vez más, a sentir su erudición aunada a ese saber decir las cosas, a ese ilustrar lo que se dice, a ese poner en medio del caos un apacible orden en la información que se nos presenta con claridad y armonía.

Esta última anécdota se la conté a Salvador, se sonrió y me dijo no recordar cuándo la había escrito y ni siquiera saber dónde la había publicado: lo que para uno era de gran valía, para él sólo representaba un trabajo más en su quehacer intelectual.

De la obra de Salvador Reyes Nevares mucho se podrá decir, y muchos méritos se podrán señalar, pero para mí su recuerdo está presente en un sinfín de charlas, de comentarios, de anécdotas, reflexiones y opiniones que llenan la memoria de mi vida de riqueza espiritual.